

Nuestra catequesis, ¿se está desdibujando?

En procura de una auténtica catequesis, para todas las edades

Julia Ma. Bolaños – Costa Rica - mayo 2009

El lema para el Día Nacional de la Catequesis 2009: “Catequesis para todas las edades”, conlleva interrogantes y requiere respuestas que, en cierta manera, están siendo abordadas en otro documento. Sin embargo, la “catequesis permanente”, aquella que se concibe como un proceso ininterrumpido a la largo de la vida –igual que se concibe actualmente la educación– no es un concepto que, en la teoría y en la práctica, haya logrado coherencia dentro de la amplitud de las acciones pastorales de la Iglesia. De esta manera, surgen inquietudes como: “si hay una oferta variada de acciones pastorales para los adultos, ¿para qué la catequesis a éstos?”

Por eso, es preciso ubicar la catequesis en la amplitud de proyecciones de la pastoral de conjunto y diferenciarla de las demás acciones, identificándola históricamente desde *la enseñanza oral transmitida a las comunidades cristianas* y la era post apostólica (CT 11-12), pasando por el afán de los Padres de la Iglesia de *enseñar de palabra o escribir tratados catequéticos*, el cual se prolonga vivo en *la difusión y el camino de la Iglesia en los diversos períodos de la historia, en todos los continentes y en los contextos sociales y culturales más diversos* (CT 12).

1. Actualidad de la catequesis en un cambio de época

Ciertamente que muchas constataciones sobre la actualidad nos generan profunda reflexión. Unas, de carácter global, o concretamente desde la “vieja cristiandad” o, bien, desde nuestra realidad latinoamericana o específicamente costarricense. Algunas, que provienen “desde fuera” a impactar en la misión de la Iglesia; otras, que se producen con impacto dentro de la Iglesia misma. La gama de interrogantes acerca de la realidad actual, así como de intentos de respuestas, es sumamente amplia, y este espacio no intenta más que situarla como un referente importante.

Sin embargo, en medio de las situaciones que parecen avasallar, comprimir, reducir o ignorar la fe y la comunicación de ésta, es posible descubrir espacios privilegiados de encuentro con la Palabra viva, con Jesucristo mismo. Así, se descubre la incesante búsqueda del sentido de la vida, ya sea en la sombría estrechez material o en el aburrimiento de la abundancia; en el agobio del trabajo cotidiano o en la sofocación del ritmo de las ciudades; o en la depresión, como enfermedad del siglo. Éstas y otras, constituyen oportunidades para “*entrar*” en este mundo, para ofrecer a todos un “*diálogo de salvación*” (...) y descubrir que

“TENEMOS NECESIDAD DE UNA CATEQUESIS
QUE ENSEÑE A LOS JÓVENES Y A LOS ADULTOS
DE NUESTRAS COMUNIDADES
A PERMANECER LÚCIDOS Y COHERENTES EN SU FE,
A AFIRMAR SERENAMENTE SU IDENTIDAD CRISTIANA Y CATÓLICA
A ‘VER LO INVISIBLE’ DE TAL MANERA
QUE PUEDAN DAR TESTIMONIO DE ÉL
EN UNA CIVILIZACIÓN MATERIALISTA QUE LO NIEGA” (CT 57).

2. El resurgir de la catequesis costarricense

La renovación eclesial del Concilio Vaticano II tuvo su inmediato positivo impacto en la catequesis costarricense, reflejándose también sucesivamente en ella, otros acontecimientos de la Iglesia Universal y de la Iglesia en América Latina. Así, se sucedieron la *Semana Internacional de Catequesis* y II CONFERENCIA DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (Medellín, 1968).

La creación de la *Junta Nacional de Catequesis* marcó un camino de renovación en la catequesis nacional, diocesana y parroquial que, luego, con el surgir el primer catecismo nacional (1970 y 1973) pasó, no sin sobresaltos, de la aplicación de los catecismos de preguntas y respuestas, a una catequesis más vivencial que, procurando la síntesis entre la fe y la vida, sufrió la oposición de personas y hasta de una diócesis. Pero aun así, de esta manera la catequesis costarricense avanzaba, se renovaba y se fortalecía.

El hasta entonces poco conocido *Directorio Catequístico General* (1971) y la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (1976), fueron “desempolvados”, para confluir en la lectura del *Sínodo para la Catequesis*, y de la Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae* (1979), acontecimiento y documento catequéticos más directamente motivadores, porque facilitaron la ubicación y comprensión de la naturaleza y tareas de la catequesis en una pastoral que se renovaba. Todo este cúmulo de riqueza eclesial encontró efecto directo en los responsables y en los procesos de la catequesis en Costa Rica, que procuraba nuevos cauces y fortalecimiento.

Se realizaron encuentros diocesanos de catequesis en las cinco diócesis en 1982 y en 1986, con dinamismo reflexivo ascendente desde las parroquias hasta el ámbito nacional. Y la *Comisión Nacional de Catequesis* ofreció un fuerte impulso a las Comisiones Diocesanas. Los catequistas opinaban, dialogaban, se mostraban en sincero camino de búsqueda, demostrando mucha generosidad de su parte.

Hubo tensiones -¿por qué negarlo?- entre el “catecismo nacional” y los múltiples catecismos de preguntas y respuestas, situación que la Conferencia Episcopal iluminó con un “comunicado” sobre textos y material catequístico, al mismo tiempo que dio un fuerte impulso al proceso innovador de la catequesis, con la Carta Pastoral “*Catequesis: Luz para alumbrar a las naciones*” (1984).

También causó tensiones, preocupaciones y no pocos esfuerzos, el cambio de mentalidad para pasar, en la teoría y en la práctica, del perfil del catequista “tomador de preguntas” al catequista necesitado de formación para impartir la catequesis. Pero el proceso no se detuvo. Así, la renovada energía de la catequesis parroquial, diocesana y nacional, con sus propios y naturales altibajos y dificultades, crecía, no sólo a pesar de éstos, sino con ellos. Los problemas de unos, fueron, casi siempre, motivo de reflexión en beneficio de la mayoría. La carencia de medios -que nunca lo han estado de manera igual para todos- no fue en estas décadas un tema decisivo en la realización de las acciones; salvo excepciones que no faltan, la mística normalmente estuvo por encima de las limitaciones.

En 1992, ubicada ya la *Comisión Nacional de Catequesis* en la nueva Sede de CECOR, la mayoría de sus miembros participaron en el *Congreso Internacional* realizado en Sevilla, España, con ocasión de los *500 años de la Evangelización en el Continente*. Evidentemente, la nueva ubicación de la instancia nacional y el planteamiento de nuevas temáticas pastorales en un contexto más amplio, fueron requiriendo de mayor apertura a la pastoral de conjunto, al diálogo pastoral y a la colaboración en este sentido. Constituyó uno de los momentos privilegiados para ello, la reflexión sobre la Exhortación postsinodal *Iglesia en América*.

3. En la actualidad, ¿se está desdibujando esa catequesis que tanto costó fortalecer?

Separar, para distinguir

Retomando los hitos de la catequesis costarricense, en los inicios del siglo y del milenio era ya muy evidente que las tareas propias, inherentes históricamente a las instancias catequéticas y a los agentes de la catequesis, con frecuencia se reprimían y se limitaban, en el afán de responder a los requerimientos más amplios que surgían de instancias pastorales nacionales y diocesanas, con ánimos de renovación.

Signos claros de la necesidad de proporcionar en este sentido un poco de luz sobre el camino, fueron los Encuentros de Comisiones Diocesanas de 2006 y 2007, en los que el acento estuvo en la UBICACIÓN DE LA CATEQUESIS EN LA PASTORAL DE CONJUNTO, el primero; y en la DIOCESANIDAD DE LA CATEQUESIS el segundo. Sin menospreciar esfuerzos y aportes, hay que reconocer que quedaron procesos de reflexión diocesanos sin concluir, y muchas preguntas sin responder.

Entretanto, la catequesis parecía y parece aún seguir “desdibujándose”: pierde aspectos de su naturaleza propia, “prestando”, sin mucha reflexión previa, sus tareas constitutivas a otras acciones pastorales o, simplemente, renunciando a ellas. Sin generalizar, es expresivo el signo de un débil y poco convincente llamado parroquial y estímulo a los catequistas, por lo que éstos actúan inseguros, dispersos, tanto en su aspecto formativo, como en la proyección de su trabajo: ¿hacia dónde dirigirse? ¿a quién responder? ¿cuál es su prioridad?

Por otra parte, en ocasiones, convencer de que no necesariamente donde existe “pastoral juvenil”, existe catequesis de jóvenes, es una tarea casi imposible. Y, ¿cómo sugerir, insinuar, que “catequesis para el sacramento del Matrimonio” y “cursos o charlas prematrimoniales”, no son la misma cosa? Hasta la misma programación y duración de los procesos de las catequesis en muchas parroquias, expresa reducciones y disminuciones, con el consiguiente debilitamiento cualitativo de la educación en la fe.

Y la mística evangelizadora de los agentes de la catequesis en los diversos niveles, que en definitiva fue la que en otros momentos fortaleció la catequesis costarricense, haciéndola trascender sus fronteras, se muestra significativamente debilitada.

Aludir a otros “síntomas” podría resultar polémico, en tanto éstos toquen intereses personales, de grupos o de tendencias, que también en la Iglesia existen. Una búsqueda objetiva, en cambio, podría hacerlos salir a la luz, para ser tratados allí donde se producen: en las instancias nacionales, en las Iglesias particulares o en las parroquias y comunidades.

PARA VERIFICAR EL “DESDIBUJAMIENTO” ACTUAL DE LA CATEQUESIS
Y SUS POSIBLES CAUSAS, ES NECESARIO “SEPARAR”,
A FIN DE “DIFERENCIAR” Y “DISCERNIR”.

ES PRECISO VOLVER SOBRE LA NATURALEZA Y TAREAS DE LA CATEQUESIS,
Y VISUALIZARLA EN LA PASTORAL DE LAS PARROQUIAS
Y EN LOS PLANES PASTORALES DIOCESANOS.

PERO, SOBRE TODO, VALORAR Y EXAMINAR,
CON ESPÍRITU ECLESIAL Y SIN PREJUICIOS,
EL PRODUCTO FINAL, DESEADO, DE SUS PROPIOS PROCESOS.

La naturaleza y las tareas de la catequesis

La catequesis es un “momento” señaladísimo del proceso total de evangelización, dentro del cual cumple su cometido específico. Está llamada a hacer crecer la fe en aquellos que recibieron el primer anuncio de la Salvación y a recordarlo continuamente a quienes lo olvidaron o lo abandonaron. Por esta razón, sin diluirse ni confundirse, es complementaria de las otras acciones de la pastoral profética en la Iglesia y siempre estará “al servicio de la Iniciación Cristiana”, como iniciación, crecimiento y maduración de la fe (CT 18 -19; DGC 63 – 65; CAL 97).

Sólo entendemos la catequesis dentro de una comunidad, en la que cumple la misión de anunciar de manera gozosa del Evangelio, para que sus miembros sean progresivamente capaces de DAR RAZÓN DE SU FE, DE SU ESPERANZA Y DE SU ACTUAR en la Iglesia y en la sociedad, mediante su conocimiento y su vida (CT 29). Al atender de esta manera el crecimiento de los miembros de la comunidad cristiana, ésta se construye y crece (CT 24; DGC 168).

La catequesis se centra en Jesucristo. Tiene como fin definitivo *poner a uno no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad con Jesucristo*. Lleva a la comunión con Él y, por consiguiente, con el misterio de Dios Uno y Trino. El cristocentrismo de la catequesis significa también que lo que ella transmite es la enseñanza misma de Jesucristo, la verdad *que Él es* (CT 6; DGC 80-81).

Ha sido siempre para la Iglesia un deber sagrado, porque tiene su origen en el mandato del Señor. Es un derecho imprescindible de todo cristiano, como sujeto de la acción pedagógica y materna de la Iglesia, que procura que el bautizado crezca en la fe hasta alcanzar *la plenitud de la madurez en Cristo* (Ef. 4,13).

En la Diócesis ocupa un lugar destacado el ministerio de la catequesis como un servicio único, realizado de modo conjunto por presbíteros, diáconos, religiosos y laicos, en comunión con el obispo. Toda la comunidad cristiana debe sentirse responsable de esta tarea común, pero diferenciada (CT 16; DGC 22 a 225).

La catequesis extrae siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, comunicada mediante la Tradición y la Escritura. Lee siempre los textos con la inteligencia y con el corazón de la Iglesia (Magisterio y vida). La enseñanza, la liturgia y la vida de la Iglesia, surgen de esta fuente y conducen a ella (CT 27; DGC 94 – 95).

La catequesis comunica el mensaje evangélico mediante una acción orgánica, bien ordenada (CT 21- Síno de 1977,11; DGC 114 - 116), *ya que esa reflexión vital sobre el misterio mismo de Cristo es lo que principalmente distingue la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios* (CT 50). Es sistemática, no improvisada, y tendiente a un fin preciso; elemental, de acuerdo con sus destinatarios diversos: niños, jóvenes, adultos, adultos mayores (CT 19-21; DGC 69–71 y 171), sin pretender la investigación teológica o la exégesis científica; integral y progresiva, abierta a todas las esferas de la vida. Arranca de la vida del catequizando y lleva a su transformación, como discípulo de Jesús (CT 21-22).

Son tareas fundamentales de la catequesis procurar que los bautizados conozcan, celebren, vivan y hagan oración su fe, de manera coherente y sincera. Por lo tanto, enseña a leer y escuchar la Palabra en la Iglesia. A vivir las celebraciones litúrgicas, especialmente la Eucaristía, y a participar provechosa y dignamente en los sacramentos de la Iglesia. Facilita la progresiva formación de la conciencia cristiana, con relación a las enseñanzas de Jesús. Igualmente, procura que la fe sea vivida con la comunidad cristiana en la cual la comparte y a partir de la cual la anuncia a otros (DGC 84-85).

Es nota característica de la catequesis la organización y la coordinación, lo cual *no es un asunto meramente estratégico, sino en razón de la unidad de la fe que sostiene todas las acciones de la Iglesia* (DGC 272). En este sentido, cobra toda su importancia la conformación y

la formación de los grupos, tanto de los catequistas como de los catequizandos, porque constituyen un lugar en donde la Iglesia se manifiesta y se construye, en donde se aprende a “ser Iglesia”.

Para lograr su cometido, la catequesis necesita agentes bien formados, que comuniquen la fe con la palabra y con el testimonio de su propia vida, respondiendo a una vocación y a una misión específicas en la Iglesia. En efecto, la tarea del catequista, como educador de la fe, difiere de la de otros agentes de la pastoral (litúrgica, caritativa, social...). Junto a la formación de los catequistas laicos, *la pastoral catequética diocesana (...) deberá cuidar al máximo de la formación catequética de los presbíteros* (DCG [1971], 111). (DGC 219- 234).

La catequesis, tiene, por consiguiente, su estilo, sus tiempos, sus lugares y modalidades, su pedagogía y métodos propios:

- Sin monopolizar y sin uniformar, la parroquia sigue siendo el lugar por excelencia de la catequesis; es su animadora y su lugar privilegiado. Sin embargo, la familia tiene un carácter peculiar y en cierto sentido insustituible como lugar de catequesis, ya que en ella sus miembros se ayudan unos a otros a crecer en la fe por medio del testimonio de vida cristiana. En la familia se explicita el mensaje de fe al ritmo de los acontecimientos cotidianos (CT 69; DGC 73 - 253 a 263).
- Se diferencia de la homilía (y se complementa con ella) porque, aun cuando ambas recorren el mismo itinerario de la historia de la Salvación, la catequesis lo trata de manera sistemática y progresiva, en grupos de cristianos preferentemente homogéneos que permiten aplicaciones didácticas apropiadas; mientras la homilía imparte ese mismo mensaje en el contexto de la celebración litúrgica, de manera global y dirigido a toda la comunidad cristiana presente, por lo general heterogénea (CT 48; DGC 70).
- Se diferencia e igualmente se complementa con la Educación Religiosa Escolar, ya que ésta tiene como finalidad iluminar la vida de los estudiantes ayudándoles a discernir y a asumir los valores de la ciencia y de la cultura, a la luz de la fe.
- La acción catequística se orienta fundamentalmente en la pedagogía original de la fe. A la luz de la pedagogía de Dios, la catequesis discierne los métodos de cada época y pone al servicio del Evangelio aquellos elementos que son realmente válidos. En la pedagogía de Jesús, cada catequista encuentra el modelo de acogida a todos, de misericordia, de amor y de liberación integral, y aprende a comunicar el mensaje del Padre (CAL 95).
- La catequesis se enriquece mediante las conquistas de las ciencias humanas, en especial de la pedagogía, en función, principalmente, de la variedad de los métodos adecuados y requeridos por el medio socio-cultural en que la Iglesia lleva a cabo su obra. Esta renovación debe tender, entre otras cosas, a superar las limitaciones y deficiencias, la rutina y la improvisación (CT17; DGC 208 y 212).

SI COMPARAMOS LA IMAGEN DE LA CATEQUESIS
Y SUS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS ESENCIALES,
CON AQUELLA QUE SE DESARROLLA ACTUALMENTE
EN NUESTRAS COMUNIDADES, PARROQUIAS Y DIÓCESIS,
PODRÍAMOS, CIERTAMENTE, DESCUBRIR RASGOS DE “DESDIBUJAMIENTO”.

¿CUÁNDO, CÓMO Y POR QUÉ
EMPEZÓ NUESTRA CATEQUESIS A PERDER SU
“COLOR Y SU AROMA”,
SU FORMA Y SU LUGAR?

Rescatar la naturaleza y las tareas de la catequesis: importante aporte a los objetivos de la Misión Continental

Nuestras constataciones coinciden con la que al respecto nos ofrece el mismo Documento de Aparecida (296-297):

(...) a pesar de la buena voluntad, la formación teológica y pedagógica de los catequistas no suele ser la deseable. Los materiales y subsidios son con frecuencia muy variados y no se integran en una pastoral de conjunto, y no siempre son portadores de métodos pedagógicos actualizados. Los servicios catequísticos de las parroquias carecen con frecuencia de una colaboración cercana de las familias. Los párrocos y demás responsables no asumen con mayor empeño la función que les corresponde como primeros catequistas.

Los desafíos que plantea la situación de la sociedad en América Latina y El Caribe requieren una identidad católica más personal y fundamentada. El fortalecimiento de esta identidad pasa por una catequesis adecuada que promueva una adhesión personal y comunitaria a Cristo, sobre todo en los más débiles en la fe. Es una tarea que incumbe a toda la comunidad de discípulos pero, de manera especial, a quienes, como obispos, hemos sido llamados a servir a la Iglesia, pastoreándola, conduciéndola al encuentro con Jesús y enseñándole a vivir todo lo que nos ha mandado (cf. Mt. 28, 19- 20).

Es preciso entonces coincidir con el espíritu de Aparecida, con el mismo renovado empeño de este acontecimiento eclesial latinoamericano, y disponernos a fortalecer el compromiso catequético:

- Como el cristiano, la catequesis es “luz y sal” en cada parroquia, en cada comunidad cristiana. El reto es para todos: el párroco, los catequistas, sus formadores, las familias, la comunidad entera. Pero es evidente el empeño de quienes, en nombre de su obispo, han de responder por la vitalidad de esta forma específica del ministerio profético de la Iglesia: el párroco y sus colaboradores inmediatos.
- Es hora de alentar nuevas vocaciones de catequistas comprometidos con la Palabra y con el testimonio de su vida, cuya misión parta de su propia experiencia kerigmática, en Cristo Resucitado.
- Es el momento del examen de conciencia y de la debida rectificación: ¿cuántos de los alejados de la Iglesia lo fueron a causa de la ignorancia en la fe, por una catequesis insuficiente y débil y, como consecuencia, por una identidad cristiana inexistente, o inmadura e inconsistente?
- Es la oportunidad para reubicar los procesos de la catequesis –según la naturaleza y tareas de ésta- en el justo lugar y en la justa dimensión que les corresponde en cada Iglesia particular y en cada parroquia; lo cual ha de manifestarse en los planes pastorales, en los que merece los mejores recursos en personas y en energías, sin ahorrar fatigas y esfuerzos materiales, lo cual no obedece a un cálculo humano, sino a una razón de fe (CT 15; DGC 82-83).
- Es la hora del renacer de la catequesis en Costa Rica, no necesariamente impulsados –como otrora- por acontecimientos y documentos eclesiales relevantes, sino a partir de la realidad de nuestra catequesis hoy, y de la convicción de que es necesario recuperar el terreno perdido, si así fuera.

El Señor Jesús está presente invitándonos a ofrecer a los bautizados de nuestras comunidades,

LA FIRMEZA EN SU PROPIA IDENTIDAD,
QUE SE SOBREPONGA SIN CESAR A
LAS VACILACIONES, INCERTIDUMBRES
Y DESAZONES DEL AMBIENTE (CT 56),
EXPRESANDO LA ALEGRÍA DE SER DISCÍPULOS DEL SEÑOR
Y DE HABER SIDO ENVIADOS
CON EL TESORO DEL EVANGELIO
(DOC. APARECIDA, 23)